



UTMACH

UNIDAD ACADÉMICA DE CIENCIAS SOCIALES

CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

ALBERT BANDURA Y EL APRENDIZAJE COGNOSCITIVO SOCIAL EN
EL DESARROLLO DE CONDUCTAS AGRESIVAS EN NIÑOS

ROMERO YAGUACHI KAROL ESTEFANIA
PSICÓLOGA CLÍNICA

MACHALA
2018



UTMACH

UNIDAD ACADÉMICA DE CIENCIAS SOCIALES

CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

ALBERT BANDURA Y EL APRENDIZAJE COGNOSCITIVO
SOCIAL EN EL DESARROLLO DE CONDUCTAS AGRESIVAS EN
NIÑOS

ROMERO YAGUACHI KAROL ESTEFANIA
PSICÓLOGA CLÍNICA

MACHALA
2018



UTMACH

UNIDAD ACADÉMICA DE CIENCIAS SOCIALES

CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

EXAMEN COMPLEXIVO

ALBERT BANDURA Y EL APRENDIZAJE COGNOSCITIVO SOCIAL EN EL
DESARROLLO DE CONDUCTAS AGRESIVAS EN NIÑOS

ROMERO YAGUACHI KAROL ESTEFANIA
PSICÓLOGA CLÍNICA

VILLAVICENCIO AGUILAR CARMITA ESPERANZA

MACHALA, 10 DE JULIO DE 2018

MACHALA
10 de julio de 2018

Nota de aceptación:

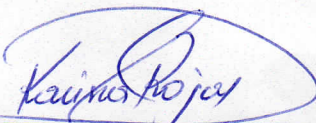
Quienes suscriben, en nuestra condición de evaluadores del trabajo de titulación denominado Albert Bandura y el aprendizaje cognoscitivo social en el desarrollo de conductas agresivas en niños, hacemos constar que luego de haber revisado el manuscrito del precitado trabajo, consideramos que reúne las condiciones académicas para continuar con la fase de evaluación correspondiente.



VILLAVICENCIO AGUILAR CARMITA ESPERANZA

0701684755

TUTOR - ESPECIALISTA 1



ROJAS CARRION KARINA GABRIELA

1103776850

ESPECIALISTA 2



NARANJO SANCHEZ CLAUDIA ELIZABETH

0702903998

ESPECIALISTA 3

Fecha de impresión: miércoles 08 de agosto de 2018 - 18:55

Urkund Analysis Result

Analysed Document: Karol Romero Albert Bandura.docx (D40181318)
Submitted: 6/14/2018 7:12:00 PM
Submitted By: keromeroy_est@utmachala.edu.ec
Significance: 1 %

Sources included in the report:

EI-T-GY-0078.docx (D25971304)
<http://revistas.uned.es/index.php/accionpsicologica/article/viewFile/478/417>

Instances where selected sources appear:

2

CLÁUSULA DE CESIÓN DE DERECHO DE PUBLICACIÓN EN EL REPOSITORIO DIGITAL INSTITUCIONAL

La que suscribe, ROMERO YAGUACHI KAROL ESTEFANIA, en calidad de autora del siguiente trabajo escrito titulado Albert Bandura y el aprendizaje cognoscitivo social en el desarrollo de conductas agresivas en niños, otorga a la Universidad Técnica de Machala, de forma gratuita y no exclusiva, los derechos de reproducción, distribución y comunicación pública de la obra, que constituye un trabajo de autoría propia, sobre la cual tiene potestad para otorgar los derechos contenidos en esta licencia.


La autora declara que el contenido que se publicará es de carácter académico y se enmarca en las disposiciones definidas por la Universidad Técnica de Machala.

Se autoriza a transformar la obra, únicamente cuando sea necesario, y a realizar las adaptaciones pertinentes para permitir su preservación, distribución y publicación en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad Técnica de Machala.

La autora como garante de la autoría de la obra y en relación a la misma, declara que la universidad se encuentra libre de todo tipo de responsabilidad sobre el contenido de la obra y que asume la responsabilidad frente a cualquier reclamo o demanda por parte de terceros de manera exclusiva.

Aceptando esta licencia, se cede a la Universidad Técnica de Machala el derecho exclusivo de archivar, reproducir, convertir, comunicar y/o distribuir la obra mundialmente en formato electrónico y digital a través de su Repositorio Digital Institucional, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico.

Machala, 10 de julio de 2018



ROMERO YAGUACHI KAROL ESTEFANIA
0925683310

RESUMEN

Karol Estefanía Romero Yaguachi

C.I: 0925683310

keromeroy_est@utmachala.edu.ec

La conducta agresiva se define como cualquier forma de acción o daño sobre las demás personas, como resultado de los acontecimientos anteriores o posteriores al suceso de agresión. Bandura y su teoría del aprendizaje cognitivo social sostiene que la agresividad infantil es el resultado de observar el comportamiento de modelos; si bien la agresión se aprende en los primeros años de vida, esta es considerada como una conducta espontánea que llega a convertirse en un instrumento al servicio de los impulsos básicos propiciados por el aprendizaje social del niño. Por lo tanto, la mayoría de las conductas violentas que los niños observan, recuerdan o imitan son acciones de modelos provenientes de las familias o que los medios de comunicación exhiben. La presente investigación es de naturaleza descriptiva teniendo por objetivo identificar la influencia del aprendizaje social en el desarrollo de conductas agresivas en los niños, así como también determinar recomendaciones que permitan un adecuado abordaje del mismo. De acuerdo a numerosas investigaciones se pudo determinar que existe una relación directa entre el aprendizaje social y la conducta agresiva infantil, los niños que observan frecuentemente violencia a través de la televisión, los videojuegos y el internet tienden a desarrollar más conductas agresivas que aquellos niños que no observan escenas con contenido violento; la relación positiva entre la exposición de los medios de comunicación y la conducta agresiva sugiere que ver violencia a través de cualquier medio incrementa significativamente las tendencias agresivas de los niños obtenidas mediante factores biológicos y familiares.

Palabras Clave: aprendizaje social, agresividad, observación, medios de comunicación.

ABSTRACT

Aggressive behavior is defined as any form of action or harm on other people, as a result of events before or after the event of aggression. Bandura and his theory of social learning argues that childhood aggression is the result of observing the behavior of models; Although aggression is learned in the first years of life, it is considered a spontaneous behavior that becomes an instrument at the service of the basic impulses fostered by the child's social learning. Therefore, most of the violent behaviors that children observe, remember or imitate are actions of models from families or that the media exhibit. The present investigation is of descriptive nature having as objective to identify the influence of social learning in the development of aggressive behaviors in children, as well as to determine recommendations that allow an adequate approach to it. According to numerous investigations it was possible to determine that there is a direct relationship between social learning and aggressive child behavior, children who frequently observe violence through television, video games and the internet tend to develop more aggressive behaviors than those children who they do not watch scenes with violent content; The positive relationship between the exposure of the media and aggressive behavior suggests that seeing violence through any means significantly increases the aggressive tendencies of children obtained through biological and family factors.

Key Words: social learning, aggression, observation, media.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
EL APRENDIZAJE SOCIAL Y LAS CONDUCTAS AGRESIVAS	4
CONCLUSIONES	12
BIBLIOGRAFÍA	13

INTRODUCCIÓN

Diversos estudios han demostrado que las conductas agresivas habituales en jóvenes surgen por medio del aprendizaje en las interacciones tempranas de los niños con su medio ambiente (Roldán, Duque, Barrera, & Pérez, 2011). Una de las teorías que más se ha utilizado para comprender la agresividad en los niños es la Teoría del Aprendizaje Social de Albert Bandura, la cual argumenta que los individuos aprenden a través de su entorno social, considerando al funcionamiento humano como el resultado de una serie de interacciones de factores ambientales, factores personales y factores conductuales (Medrano & Flores, 2017; Ornelas, Blanco, Viciano, & Rodríguez, 2015).

El presente trabajo expone la agresión infantil fundamentada en la Teoría del Aprendizaje Social, cuyo objetivo es identificar la influencia del aprendizaje social en el desarrollo de conductas agresivas en los niños. De acuerdo a estudios realizados tales como el “Muñeco Bobo” realizada por Bandura, D. Ross y S. Ross, demostró que los niños expuestos a escenas mediáticas de violencia son impulsados a imitar la misma conducta agresiva; además, la imitación se hace más evidente cuando los niños tienen acceso a juguetes similares encontradas en las escenas televisadas (Barroso, 2016).

Es importante saber identificar aquellas repercusiones que tiene el aprendizaje de conductas agresivas en los niños a través de la observación de modelos representativos o medios de comunicación con el propósito de que se pueda prevenir o modificar estas conductas negativas que posteriormente puedan desencadenar en conductas o trastornos antisociales si no son tratadas a tiempo. Así mismo, tiene como finalidad responder a la interrogante: ¿Existe una influencia entre el aprendizaje por medio de la observación de contenidos violentos y la conducta agresiva en los niños? Este trabajo nos permite ampliar conocimientos acerca del aprendizaje y la agresividad en niños, así como también sirve de antecedente para poder realizar nuevas investigaciones que puedan dar solución a esta problemática, dadas las conclusiones, existe una influencia entre el aprendizaje y la conducta agresiva en los niños que impiden un adecuado desarrollo de su personalidad.

EL APRENDIZAJE SOCIAL Y LAS CONDUCTAS AGRESIVAS

Los primeros años de vida del ser humano son cruciales para el desarrollo óptimo y saludable del mismo. El niño nace en un ambiente rico en expectativas, valores, normas y tradiciones provenientes de su entorno familiar y social, factores que junto con otras circunstancias contribuirán a moldear su personalidad mediante el aprendizaje diario (La Madriz, 2017). La Teoría del Aprendizaje Cognoscitivo Social de Albert Bandura se enfoca en el grado en el que los individuos aprenden no solo de la experiencia directa, sino también mediante la observación de lo que le sucede a otros individuos o escuchar acerca de algo; por lo tanto, el aprendizaje de nuevas conductas o adquisición de nuevos conocimientos se adoptan sin haberlas realizado o sin haber sido reforzados por ellas (Ramírez, 2013).

Esta teoría analiza la conducta humana dentro del marco referente al *modelo de reciprocidad triádica*, la cual establece que el comportamiento humano es el resultado de una interacción bidireccional entre la conducta, los factores personales y las influencias ambientales; por lo tanto, el comportamiento humano depende de la interacción entre estos tres componentes, cabe mencionar que la influencia relativa de cada componente varía en función de las personas, dinamismo y el entorno (Dahab, Minici, & Rivadeneria, 2016). Sobre el entorno, afirman Tovar y Crespo (2015):

El ambiente favorece el aprendizaje, la demostración de procedimientos, las habilidades y la retroalimentación correctiva como elementos cercanos al trabajo real, (...). Para Bandura la influencia del contexto social es importante en la formación y la modificación de la conducta. (p. 117)

Sobre esta afirmación se puede decir que los factores de carácter social demuestran su gran influencia en cuanto al desarrollo de la personalidad de una persona. En adición, el contexto social en el cual una persona se encuentra inmersa puede contribuir a que se desencadenen conductas sociales negativas como lo es la agresividad infantil (Andreu, 2017). Bandura demostró que la gente puede aprender una conducta sin ser reforzada por hacerlo y que no es lo mismo aprender una conducta que realizarla mediante un experimento denominado “Muñeco Bobo” a principios del año 1960. El objetivo de este experimento fue el de observar la aparición de conductas agresivas en niños partiendo del

supuesto de que si un individuo observa modelos de conductas agresivas este ejecutara la misma conducta (Moctezuma, 2017).

En dicho experimento, una muestra de niños preescolares fue dividida en tres grupos; el primer grupo de niños observó como un adulto golpeaba a un muñeco mientras que el segundo grupo de niños observó lo contrario, un adulto jugando tranquilamente con el muñeco sin agredirlo, el tercer grupo de niños no vio nada sirviendo de grupo de control. Inmediatamente después de la observación, los niños fueron acompañados individualmente a otra habitación en la que encontraron un muñeco y juguetes para analizar las conductas que iban a ejecutar; además, reveló que el primer y segundo grupo de niños habían aprendido a imitar la conducta del modelo igualmente bien y con gran precisión, comprobando de esta manera las hipótesis propuestas por Bandura, los niños aprendieron una conducta agresiva sin ser reforzados por hacerlo y sin ver que el modelo fuera reforzado por ello (Mejía, 2015).

La teoría del aprendizaje social figura como uno de los principales modelos que explican el desarrollo de la conducta agresiva en las personas. La agresividad, considerada como una conducta básica y primaria en la actividad de los seres vivos que puede manifestarse a nivel tanto físico, emocional, cognitivo y social, depende en parte de factores biológicos, no obstante el verdadero aprendizaje de esta se lleva a cabo dentro del entorno familiar, en el grupo de iguales o cualquier otro contexto social en el cual el individuo se encuentra inmerso (López L. , 2015).

La agresión puede definirse como cualquier acto que tiene como finalidad herir o hacer daño ya sea física o psicológicamente a otro individuo. Por un lado, la conducta agresiva constituye parte de un instinto innato, desarrollado ya sea por dolor o frustración; sin embargo para Bandura, la frustración solo provoca agresión en individuos que han aprendido a responder de manera agresiva como único medio de resolver y afrontar situaciones no deseadas (Hikal, 2016).

La Organización Mundial de la Salud (como se citó en Martín, Valle y Navarro, (2016)) define a la agresión como:

Uso intencional de la fuerza física o el poder, tanto si es real como una amenaza, contra uno mismo, otro individuo o contra un grupo o comunidad, que resulta o tiene una alta probabilidad de acabar en lesiones, muerte, daño psicológico, alteraciones en el desarrollo o privación. (p.1)

De este modo, la agresión se considera una conducta hostil y negativa que conlleva una intencionalidad y termina en consecuencias negativas hacia otras personas. Según Ortega y Alcázar (2016) la agresión es comprendida como un elemento básico de supervivencia, con el objetivo de eliminar cualquier amenaza mediante el daño físico o verbal y que se encuentra influida por factores ambientales; por lo tanto, los factores psicosociales y biológicos juegan un papel fundamental en el modelado de dicha conducta. En base a las diferentes definiciones que se pueden encontrar acerca de la agresividad, tres elementos resaltan en casi todas ellas: la intencionalidad, la cual busca alcanzar el objetivo de hacer daño, las consecuencias negativas que causa la agresividad a las demás personas y por último la variedad en cómo se manifiesta la agresividad, ya sea de menor o mayor frecuencia como también si se es de manera física o verbal (Obregón, 2017).

Penado, Andreu y Peña (2014), clasifican a la agresión como reactiva y proactiva; la agresión reactiva es aquel comportamiento básico o primario originado por una amenaza externa que viene acompañado de una activación emocional profunda e impulsividad cuya única meta principal es causar daño al otro. Por otro lado, la agresión proactiva es aquella que percibe como una estrategia la cual se lleva a cabo con una finalidad que se extiende más allá de solo hacer dañar al otro, es catalogada como un tipo de agresión instrumental y organizada que busca alcanzar algún otro objetivo o beneficio; por consiguiente, la agresión proactiva se la relaciona con problemas de conducta y delincuencia juvenil mientras que a la agresión reactiva con problemas de atención y victimización (González, Carrasco, Del Barrio, & Gordillo, 2013).

La agresión proactiva tiene su fundamento en la teoría del aprendizaje social; Bandura expone en su análisis que la agresión es una conducta aprendida por medio de la observación y el modelado de las conductas de los otros demostrado en su experimento “muñeco bobo” mencionado anteriormente; adicional a lo anterior, el autor propone dos tipos de mecanismos de la agresión: mecanismos que originan la agresión y mecanismos que mantienen la agresión (Mornhineg & Herrera, 2017).

Como ya se ha mencionado anteriormente, dentro de los mecanismos que originan la agresión se encuentra la experiencia directa del sujeto y la observación (Carrasco & González, 2006). Según Burela, Piazza, Alvarado, Gushiken, & Fiestas (2014), seis de cada diez niños reciben castigos físicos por parte de sus padres; el ser víctima de maltrato infantil aumenta significativamente la probabilidad de ejercer violencia posteriormente

porque el niño el ser castigado físicamente se convierte en un patrón de crianza socialmente aceptado.

Las conductas de las personas se ven influenciadas por el entorno familiar y social en los cuales se manifiestan conductas agresivas regularmente, así como también los modelos precedentes de los medios de comunicación, los cuales ejercen influencia ya sea de manera gráfica o verbal (Mornhineg & Herrera, 2017); cabe recalcar que el grado de esta influencia dependerá de la predisposición que tenga la persona para actuar de forma agresiva, así como también si el modelo observado representa para esa persona una figura representativa (Santos & Romera, 2013).

Orde (2014) aporta:

Algunos investigadores sugieren que hay una relación recíproca en la que los niños con tendencias agresivas buscan contenidos mediáticos más violentos e incluso se ven más afectados por ellos que otros jóvenes, lo que crea una espiral descendente. (p. 40)

Si bien es cierto que los contenidos mediáticos ejercen influencia en los niños, aquellos que poseen una predisposición a la agresión ya sea por factores biológicos como también ambientales, son más vulnerables a ser atraídos y buscar constantemente estos contenidos. Los mecanismos que mantienen la agresión hacen referencia al reforzamiento vicario, el autoreforzamiento y el reforzamiento externo directo, ya sea reforzamiento positivo o negativo (Mendoza, 2016); si bien es cierto que inicialmente los comportamientos de agresión surgen como una respuesta defensiva hacia el entorno agresivo en donde se encuentra inmerso el individuo, el refuerzo y la consistente práctica desarrollarán procesos los cuales desencadenarán una agresión proactiva (Muñoz & Romero, 2017).

Diversos estudios han demostrado que la agresividad, específicamente la agresividad física, comienza al final del primer año de vida del niño; por consiguiente, la conducta agresiva comienza a desarrollarse en la niñez temprana y conlleva a una mayor expresión en la adolescencia para luego disminuir a medida que se llega a la adultez (Penado, Andreu, & Peña, 2014); sin embargo, se considera necesario distinguir la diferencia entre el juego brusco y los actos de verdadera agresividad en la infancia debido a que por lo general los niños en especial tienden a jugar mediante el contacto físico o simulación de peleas, sin la intención de hacer daño al otro y mostrando actitud de juego, a diferencia de los verdaderos actos de agresión los cuales manifiestan intención de hacer daño,

acompañado de sentimientos de desconfianza, dificultades en la comunicación y en las relaciones personales (Castro & Morales, 2013).

El comportamiento agresivo afecta negativamente las relaciones sociales que el infante va estableciendo a lo largo de su desarrollo y a su vez compromete el desenvolvimiento de una integración saludable en diferentes ambientes, el aprendizaje por observación juega un papel fundamental en el origen y mantenimiento de dicho comportamiento en la niñez temprana (Gamboa, Barros, & Barros, 2016).

A pesar de que los factores genéticos permiten que los rasgos o predisposiciones a comportamientos agresivos se desarrollen dentro de un ambiente específico, Bandura expone que el contexto es el que juega un papel mayor en la conducta de los niños, más específicamente los modelos observados y los valores proporcionados dentro del seno familiar, seguido de aquellos medios de comunicación que propician la violencia y la agresión (Rimaicuna, 2014).

Como ya se ha mencionado anteriormente, la agresión es un comportamiento que se logra aprender a través de la observación y el modelado del comportamiento de otros individuos (Blasco & Orgilés, 2014); el modelo de imitación social propuesto por Bandura afirma que las conductas se aprenden de familiares o modelos cercanos afectivamente; por lo tanto, el comportamiento de niños agresivos es el resultado de un aprendizaje por imitación basadas en conductas comunicativas negativas dentro del entorno familiar y social (López L. , 2015).

Por consiguiente, los modelos observados dentro del contexto familiar constituyen un factor de riesgo para el desarrollo de conductas agresivas en los niños; las características involucradas en una familia disfuncional que potencian esta conducta son: presencia de adicciones o compulsiones, estilos parentales autoritarios o permisivos, poca comunicación entre padres e hijos, presencia de violencia doméstica entre los progenitores, falta de apoyo emocional hacia los hijos, castigos físicos o maltrato infantil (Rivera & Cahuana, 2016). La imitación ha sido considerada como un medio crucial de transmisión de conductas y comportamientos debido a que las acciones observadas originan el instinto o impulso innato de copiarlas, los niños muestran una fuerte tendencia a imitar acciones o conductas inusuales que los atraen; a pesar de que la imitación no siempre es inmediata, los niños terminan imitando acciones o conductas que observan constantemente (Barrios, 2016; Rimaicuna, 2014).

Cabe mencionar, que la imitación también es ejecutada en base a los modelos precedentes de los medios de comunicación, estos también se encuentran dentro contexto social en el cual los niños aprenden comportamientos y se ven diariamente influenciados (Garín, Huenchuleo, Leal, Muñoz, & Rehbein, 2013); estudios longitudinales y correlacionales han sido elaborados a través de los años con el propósito de aportar evidencia acerca de la relación que existe entre los medios de comunicación violentos y sus efectos en la población tales como la televisión , la música y los videojuegos (Pérez, Mampaso, Corbi, & Martín, 2014).

Un estudio longitudinal hecho por Rowell Huesmann desde 1960 hasta 1981, periodo en el que se transmitió altas dosis de contenidos violentos en especial acerca de la Guerra de Vietnam, utilizó una muestra de 856 estudiantes los cuales asistían a la escuela primaria, la muestra fue estudiada a lo largo de diez años, llegando a la conclusión de que existía una fuerte relación entre la presentación de televisión violenta y la conducta criminal adulta (Pérez, Mampaso, Corbi, & Martín, 2014).

Dentro de los medios de comunicación más utilizados y accesibles a los niños se encuentran la televisión, los videojuegos y el internet; uno de los potenciales más efectivos de estos medios es el suscitar emociones e identificaciones colectivas creando un impacto emocional que puede estimular comportamientos altruistas, xenófobos y violentos. Hoy en día, las personas han hecho de los medios de comunicación una herramienta con la cual llenan su tiempo libre; sin embargo, muchas veces estos medios han sustituido el rol de la familia, disminuyendo casi completamente la comunicación entre padres e hijos debido a que absorbe la mayoría de su tiempo; más aún, muchas veces los padres delegan a sus hijos un tiempo indefinido sin supervisión de ver televisión, ver videos en internet o jugar videojuegos con el fin de mantenerlos ocupados (Castro & Morales, 2013).

Debido a la falta de supervisión o a su vez a la tolerancia que tienen los padres hacia sus hijos y los medios de comunicación, los niños cada vez tienen más libre acceso hacia un alto contenido de violencia y agresión sometándose a un continuo impacto negativo que junto a otros factores de riesgo promueven el desarrollo de conductas agresivas (Castro & García, 2013).

Diversos estudios han demostrado que el grado de influencia ejercida por los medios de comunicación en los niños es similar al grado de influencia ejercida en los adultos

(Maraver & Aguaded, 2013). Black y Bevan realizaron en 1992 un estudio con adultos en cuatro situaciones diferentes para medir la tendencia que tienen las personas para ejecutar comportamientos agresivos: la primera muestra de adultos en una sala de cine esperando a que empiece una película violenta, la segunda muestra se encontraba esperando que empiece una película no violenta, la tercera muestra, después de haber presenciado una película violenta y la última muestra, después de haber presenciado una película sin contenido violento; se evidenció que las personas que presentan predisposición a realizar conductas agresivas o cierta tendencia, son atraídas hacia los medios de comunicación con contenido violento; además, se reveló que los medios con contenido violento intensifican y promueven aún más esta tendencia (Igartua, 2002).

La agresividad infantil abarca un patrón de comportamientos negativos que no solamente afectan al niño, también afectan la esfera familiar, social y en especial, impide un adecuado desempeño dentro del área escolar; por lo tanto, se considera necesaria la intervención cognitiva-conductual individual del infante, combinado junto a la intervención y entrenamiento con los padres y docentes que forman parte de su contexto social (Hikal, 2016).

El tratamiento psicoterapéutico enfocado en el niño requiere en primera instancia la psicoeducación, con el objetivo de concientizar al infante acerca del problema y la importancia que tiene el modificar las conductas agresivas; el entrenamiento en autocontrol facilita en el niño la adquisición de habilidades de afrontamiento mediante técnicas como las autoinstrucciones, control de la ira, detección del pensamiento conjunto al entrenamiento en relajación y entrenamiento en resolución de problemas. La reestructuración cognitiva ayuda a cambiar aquellas creencias o pensamientos que utiliza el niño para justificar su conducta agresiva, acerca de su mundo y su manera de afrontarlo; adicionalmente, el entrenamiento en habilidades sociales y el entrenamiento en valores prosociales ayuda a modificar la conducta agresiva debido a que el primer entrenamiento promueve la asertividad como respuesta alternativa a la agresividad mientras que el segundo fomenta valores y conductas positivas (Rizo, 2014).

Debido a que las primeras relaciones que establece un niño son con sus padres o cuidadores primarios, es importante una relación paterno-filial efectiva y funcional, así como también el representar modelos de comportamientos sanos y positivos para sus hijos. Primeramente, es necesario orientar a los padres mediante la psicoeducación acerca de la agresividad y los principios de aprendizaje social; el entrenamiento en habilidades

básicas parentales propicia herramientas tales como técnicas de modificación de conductas, orientaciones y pautas educativas encaminadas a desarrollar una relación paterno-filial positiva mediante el uso de la disciplina positiva. (López P. , 2014). La disciplina positiva es un modelo educativo basado en la comunicación, el amor y la empatía que genera relaciones familiares positivas promoviendo herramientas a los padres para entender la conducta del niño y guiarlo u orientarlo siempre de forma firme y respetuosa sin el uso de castigos físicos o luchas de poder (García & García, 2009).

Se recomienda la mediación familiar con el objetivo de reforzar la interacción tanto de la pareja como la del padre y el niño mediante la adquisición de estrategias de resolución de conflictos, trabajando el vínculo afectivo y la comunicación asertiva (Rizo, 2014); con respecto a los medios de comunicación, Chacón (2004) propone pautas a seguir para el uso adecuado de los medios de comunicación; el imponer límites, con el objetivo de establecer un horario y límite de tiempo acorde al niño. La regulación de los medios de comunicación es necesaria para que los padres puedan encontrar un equilibrio acerca de qué información los niños pueden tener acceso; promoviendo programas, videos y videojuegos que ofrezcan patrones de comportamientos adecuados en la facilitación de la adaptación social y por otro lado, bloqueando aquellos que fomenten la violencia (Hikal, 2016).

La participación de los padres al observar junto a sus hijos programas de televisión o videos fomenta la comunicación mediante la expresión de opiniones que tiene el niño acerca de los programas propiciando de esta manera un espacio de educación en donde los padres puedan enseñar a los niños a diferenciar entre la fantasía y la realidad, entre las agresiones vistas en pantallas y la real, promoviendo así el análisis crítico de los mismos (Chacón, 2004).

En el ámbito escolar, se considera necesario que los docentes propicien un ambiente de cooperación en los infantes, trabajando en la empatía para de esta manera lograr desarrollar una genuina preocupación por los demás mediante juegos integrativos y cooperativos, es importante que todo lo logrado en el ámbito escolar sea reforzado en el ámbito familiar (Andreu, 2017).

CONCLUSIONES

La teoría del aprendizaje social de Albert Bandura argumenta que el aprendizaje de las conductas agresivas en los niños es el resultado de observar el comportamiento de otras personas (modelos) o representaciones; la mayoría de las conductas violentas que los niños observan, recuerdan o imitan son acciones que los modelos provenientes de las familias o los medios de comunicación exhiben. Por lo tanto, existe una relación directa entre la agresión infantil y el entorno familiar, debido a las relaciones que se presentan al interior de ellas; el conjunto de factores ambientales como son los estilos de crianza, los castigos físicos, el rechazo y las conductas agresivas de los padres funcionan como moderadores potenciales en los efectos generados por la observación de contenido violento a través de los medios de comunicación.

La agresión en la niñez es el resultado de una combinación de factores genéticos, psicológicos, familiares y de aprendizaje que interactúan entre sí. Sin embargo, de acuerdo a diversas investigaciones, los niños que observan frecuentemente violencia por medio de la televisión, internet o videojuegos tienden a desarrollar conductas agresivas que aquellos niños que no observan escenas con contenido violento; la relación positiva entre la exposición de violencia y la conducta agresiva sugiere que ver violencia a través de los medios de comunicación incrementa significativamente las tendencias agresivas de los niños obtenidas a través de factores biológicos y familiares además de relacionarse con el desarrollo de hábitos antisociales que persisten en el tiempo y que incluso pueden llegar a desencadenar trastornos.

Debido al potencial que los medios de comunicación, específicamente la televisión, tiene de suscitar emociones e identificaciones colectivas creando un impacto emocional que puede llegar a estimular comportamientos violentos, es importante enseñar a los padres habilidades básicas parentales que promuevan la regularización en cuanto al uso de la televisión y los niños, promoviendo medios de comunicación que ofrezcan patrones de comportamientos adecuados en la facilitación de la adaptación social y por otro lado bloqueando aquellos canales que fomenten la violencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Andreu, J. (2017). Niños y adolescentes agresivos. *Padres y Maestros*(371), 55-60.
- Barrios, M. (2016). Factores psicológicos que influyen en la conducta agresiva de niños y niñas de 8 años de edad. *Revista Iberoamericana de Bioeconomía y Cambio Climático*, 2(1), 204-217.
- Barroso, A. (2016). Videojuegos y comportamientos agresivos: Una aproximación. *Alternativas cubanas en Psicología*, 4(11), 91-100.
- Blasco, M., & Orgilés, M. (2014). Agresividad en menores de 18 años jugadores de fútbol: Diferencias en función del sexo y la edad y en comparación con los jugadores de baloncesto. *Cuadernos de Psicología del Deporte*, 14(2), 21-26.
- Burela, A., Piazza, M., Alvarado, G., Gushiken, A., & Fiestas, F. (2014). Aceptabilidad del castigo físico en la crianza de los niños en personas que fueron víctimas de violencia física en la niñez en Perú. *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública*, 31(4), 669-675.
- Carrasco, M., & González, M. (2006). Aspectos conceptuales de la agresión: Definición y modelos explicativos. *Acción Psicológica*, 4(2), 7-38.
- Castro, C., & García, F. (2013). La influencia de la familia en el desarrollo y adquisición de actitudes violentas y agresivas en la infancia y juventud. *Trabajo Social Hoy*, 2(69), 21-30.
- Castro, M., & Morales, M. (2013). Perspectiva de las personas menores de edad acerca de la violencia en los medios de comunicación: videojuegos, televisión y música. *Revista Electrónica Educare*, 17(3), 229-258.
- Chacón, A. (2004). La infancia ante los nuevos medios: La televisión. *Departamento de Educación, Universidades e investigación del Gobierno Vasco, Fundación Euskaltel y EHIGE-Confederación de Asociaciones de Madres y Padres de la Escuela Pública Vasca.*, 2(4), 65-84.
- Dahab, J., Minici, A., & Rivadeneria, C. (2016). Técnicas conductuales para la modificación de cogniciones. *Revista de Terapia Cognitivo Conductual*(29).
- Gamboa, M., Barros, R., & Barros, C. (2016). La agresividad infantil, aprendizaje y autorregulación en escolares primarios. *Luz. Revista electrónica trimestral de la Universidad de Holguín*(1).
- García, A., & García, V. (2009). La disciplina familiar. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2(1), 473-484.
- Garín, M., Huenchuleo, J., Leal, N., Muñoz, M., & Rehbein, L. (2013). Actitudes implícitas hacia la violencia, conducta antisocial y consumo televisivo en estudiantes universitarios. *Revista de Psicología Universidad de Chile*, 22(2), 100-110.
- González, P., Carrasco, M., Del Barrio, V., & Gordillo, R. (2013). Análisis de la Agresión Reactiva y Proactiva en Niños de 2 a 6 Años. *RIDEP*, 35(1), 139-159.

- Hikal, W. (2016). Aprendizaje criminal desde los postulados de Albert Bandura y su articulación con la política criminal. *Derecho y Cambio Social*, 1-9.
- Igartua, J. (2002). Teorías sobre los efectos de la violencia en los medios: una revisión. *Fundación Infancia y Aprendizaje*, 14(1), 17-32.
- La Madriz, J. (2017). Práctica social agresiva dentro del contexto escolar como repercusión de la convivencia familiar. *Educare*, 21(1), 4-26.
- López, L. (2015). Agresión entre iguales. Teorías sobre su origen y soluciones en los centros educativos. *Opción*, 31(2), 677-699.
- López, P. (2014). Un caso de comportamiento disruptivo infantil: Tratamiento conductual en el ámbito familiar. *Revista de Psicología Clínica con Niños y Adolescentes*, 1(2), 117-123.
- Maraver, P., & Aguaded, I. (2013). Transmisión de valores mediante la televisión. *Aspectos psicosociales de la comunicación*, 115-126.
- Martín, M., Valle, T., & Navarro, J. (2016). Papel de la oxitocina en la regulación de la agresión. *Psiquiatría Biológica*.
- Medrano, L., & Flores, E. (2017). La Problemática del Ingreso a la Universidad desde una perspectiva de la teoría de la agencia social Aportes de la Teoría Social Cognitiva. *Revista Argentina de Educación Superior*, 9(15).
- Mejail, S., & Contini, N. (2016). Agresividad y habilidades sociales. *Cuadernos Universitarios*(9), 85-100.
- Mejía, A. (2015). Crianza segura y niños saludables: Los programas de entrenamiento a cuidadores y su adaptación al contexto panameño. *Invest. pens. crit.*, 2(3), 5-12.
- Mendoza, C. (2016). Factos psicosociales influyentes en la conducta violenta del menor. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 19(4).
- Moctezuma, S. (2017). Una aproximación a las sociedades rurales de México desde el concepto de aprendizaje vicario. *Revista LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, XV(2), 169-178.
- Mornhineg, G., & Herrera, L. (2017). Los Dibujos Animados: herramienta para la educación. *Invest. pens. crit.*, 5(2), 21-37.
- Muñoz, M., & Romero, A. (2017). Aspectos situacionales, relacionales y emocionales asociados a violencia del hombre en la pareja heterosexual. *Centro de investigación para el desarrollo y la innovación*, 100-106.
- Obregón, G. M. (2017). Resentimiento y agresividad en estudiantes 5to de secundaria. *Unife*, 25(2), 199-208.
- Orde, H. (2014). ¿La televisión causa conductas agresivas? Panorama general de los factores de riesgo relacionados con la violencia televisiva. *Television*, 39-44.

- Ornelas, M., Blanco, H., Viciano, J., & Rodríguez, J. (2015). Percepción de Autoeficacia en la Solución de Problemas y Comunicación Científica en Universitarios de Ingeniería y Ciencias Sociales. *Formación Universitaria*, 8(4), 93-100.
- Ortega, J., & Alcázar, M. (2016). Neurobiología de la agresión y la violencia. *Anuario de Psicología Jurídica 2015*, 1-10.
- Penado, M., Andreu, J., & Peña, E. (2014). Agresividad reactiva, proactiva y mixta: análisis de los factores de riesgo individual. *Anuario de Psicología Jurídica 2014*, 37-42.
- Pérez, F., Mampaso, J., Corbi, B., & Martín, C. (2014). Violencia, psicología y videojuegos: Historia de una relación controvertida. *EduPsykhé Revista de Psicología y Educación*, 13(1), 49-73.
- Ramírez, J. (2013). Humanización del aprendizaje en la era de la información: Una arista andragógica. *Revista Electrónica "Actualidades Investigativas en Educación"*, 13(3), 1-18.
- Rimaicuna, M. (2014). Programa de juegos de interacción social para estimular el control de las conductas agresivas en primaria. *Revista de Investigación y Cultura*, 3(2).
- Rivera, R., & Cahuana, M. (2016). Influencia de la familia sobre las conductas antisociales en adolescentes de Arequipa-Perú. *Actualidades en Psicología*, 30(120), 85-97.
- Rizo, A. (2014). Intervención cognitivo-conductual en un caso de trastorno negativista desafiante en una adolescente. *Revista de Psicología Clínica con Niños y Adolescentes*, 1(1), 89-100.
- Roldán, I., Duque, E., Barrera, J., & Pérez, R. (2011). La violencia en la televisión nacional y la percepción de los niños. *Rev. Colomb. Psiquiat.*, 40(3), 446-456.
- Santos, Á., & Romera, E. (2013). Influencia de la exposición a la violencia en conductas de agresión en cyberbullying. *Apuntes de Psicología*, 31(2), 225-235.
- Tovar, M. d., & Crespo, S. (2015). Del aprendizaje vicario al aprendizaje reflexivo en la formación profesional de enfermería. *Rev Enfermería Inst Mex*, 23(2), 115-120.